



EXISTÍA en el reino de Turquía un monarca que no tenía más ocupación ni distracción que la de escuchar cuentos; hizo, pues, una proclamación, diciendo: «que si en su reino había un hombre que supiese una historia que durase para siempre, le haría cuando él muriese su heredero y le daría a la Princesa, su hija, por esposa; pero si algún insolente se atrevía a decir que lo había encontrado y no fuese verdad, es decir, si llegase a terminar su cuento, le cortarían acto seguido la cabeza».

Ante la promesa de tales premios, la preciosa Princesa y el reino de Turquía, hubo muchos que se presentaron con esperanzas de lograr un éxito.

Cada uno estiraba su cuento lo más posible, y unos duraban una semana, otros un mes, seis meses. ¡Pobrecillos! Añadían y añadían hasta hacerse insoportables, pero en vano; tarde ó temprano se acababan, y a uno después de otro le cortaban la cabeza.

Al fin se presentó un hombre que decía sabía un cuento interminable, y que estaría muy agradecido si el Rey lo quisiese oír.

Le advirtieron el peligro que corría, y la suerte de los desdichados que antes que él habían querido hacer el experimento y en castigo habían perdido la vida; pero él dijo que nada temía y así se presentó delante del Rey.

Era un hombre reposado y deliberado en su manera de hablar; pidió, pues, tiempo para comer, beber y dormir; una vez otorgadas estas tres cosas, empezó como sigue:

«¡Ah, Rey! Hubo una vez un Rey tan tirano y cruel con todos, que no tenía sino enemigos; deseando acrecentar sus riquezas recogió todo el trigo y granos de su reino y lo metió en un inmenso granero, que construyó a propósito, y que tenía las dimensiones de una montaña. Fué recogiendo por varios años, hasta que consiguió llenar el granero. Entonces cerró bien las puertas y ventanas, y lo tapó perfectamente por todos lados.

»Sin embargo, se conoce que, al construirlo, los albañiles dejaron un boquetito en el techo, y vino una nube de langostas que se echaron sobre el trigo. El boquete era tan pequeño que sólo había sitio para una langosta con un grano de trigo a la vez.

»Así es que una langosta entró y salió, llevándose un grano de trigo; después otra langosta entró y se llevó otro grano de trigo; otra entró después y también salió con su granito; después entró otra langosta y salió con su grano; otra penetró después en tan sagrado recinto, y salió con la fruta prohibida en la boca; después entró una langosta y salió con un grano de trigo, y luego otra langosta que también probó, salió con su grano, y...»

Así había estado desde la mañana a la noche (excepto sus horas de dormir, comer y beber), hacía ya un mes; cuando el Rey, a pesar de ser muy paciente, empezó a cansarse de las langostas é interrumpió la historia diciendo:

«Bueno, bueno, ya estamos hartos de langosta; suponemos que hayan tomado ya todo el trigo que se les antojase y pase a lo que sucedió después.»

A esto respondió con la más completa serenidad el narrador:

«Si no le molesta a usted, me es completamente imposible decirle lo que sucedió después, sin contar antes lo que sucedió primero»; y tranquilamente continuó otra vez: «Entró una langosta y sacó un grano de trigo; después entró otra langosta y salió con un grano de trigo, y otra langosta sacó su grano, y entró otra langosta y sacó un grano de trigo; otra langosta entró y sólo sacó un grano de trigo, y entró otra langosta y salió con su grano de trigo; entró otra langosta y salió con su grano de trigo.»

El Rey escuchó con una paciencia admirable seis meses más, y entonces le interrumpió otra vez, diciéndole:

«¡Oh, amigo mío! ¡Estoy un poco cansado de tantas langostas! ¿Cuánto tiempo tardarán en salir todas?»

A lo cual respondió el del cuento:

«¡Oh, Rey! ¿Quién puede decirlo? En este momento de mi historia, las langostas han vaciado un rinconcito: es ya casi media pulgada alrededor, y dentro del boquete del techo la atmósfera está todavía cubierta de langostas por todos lados. Pero que V. M. tenga un poquito de paciencia y no hay duda de que con el tiempo acabarán de pasar todas.»

Con esta esperanza, el Rey escuchó todavía un año entero; el narrador seguía siempre lo mismo: «Y entró una langosta y sacó un grano de trigo; y entró otra langosta y salió con un grano de trigo; después entró otra langosta y salió con su grano de trigo.»

Al fin el pobre Rey no lo pudo soportar por más tiempo y dijo:

«¡Oh, hombre! ¡Ya tengo bastantes langostas! ¡Toma mi hija! ¡Toma mi reino! ¡Tómalo todo, todo! ¡Pero no nombres más a tus horribles langostas!»

De este modo el narrador se casó con la hija del Rey y fué declarado heredero del trono; desde entonces, nadie preguntó el fin del cuento, porque la respuesta invariable era que no podía decir lo que sucedió después sin dejar pasar las langostas antes.

Así el capricho tonto del Rey fué vencido por el ingenio de un hombre sabio.

A.